

## LO COMÚN Y SU DESMANTELAMIENTO

Álvaro Sevilla Buitrago (Dr. Arquitecto – Profesor contratado Doctor DUyOT)

Los cambios recientes en la producción del espacio deben entenderse en el marco de la reestructuración económico-política post-1989/1991; a su vez, el sentido de ambos procesos se revela más nítidamente si los contextualizamos en ciclos históricos más amplios (Harvey, 2005). En esa perspectiva tanto la crisis actual como la etapa de “apogeo” precedente, con todas sus implicaciones territoriales y espaciales, pueden concebirse como una fase avanzada de la agenda de políticas neoliberales inaugurada en la década de 1970 — en particular, en relación a las políticas urbanas, en el episodio fundacional de la crisis fiscal de la ciudad de Nueva York (Tabb, 1982). Se abre aquí un nuevo régimen de gobernanza local sustentando en los principios de austeridad fiscal, desmantelamiento de los acuerdos regulatorios del fordismo-keynesianismo y ampliación de las prerrogativas de actores corporativos en la administración y la actividad urbanística (Harvey, 1989). Junto a la progresiva globalización de las cadenas productivas, la expansión de las telecomunicaciones y redes logísticas, y la financiarización de volúmenes crecientes de actividad económica, esta reestructuración de la gobernanza y la economía locales constituye uno de los pilares básicos de un orden que sigue vigente hoy día. Motor proteico de esa nueva economía política, las ciudades y ciudades-región —y por tanto las políticas y programas urbanísticos— han cobrado un papel protagonista, a medida que las agendas económicas nacionales se re-escalaban para aprovechar las ventajas competitivas de sus activos territoriales más estratégicos en un nuevo mapa de lucha global por la localización de capitales (Brenner, 2004; Brenner & Theodore, 2002).

Pero, según ciertos observadores críticos, esta fase se ha caracterizado además por un elemento menos obvio pero aún más inquietante (Harvey, 2006; Negri & Hardt, 2009). Enfrentado al agotamiento de sus estrategias de expansión tradicionales, el nuevo capitalismo global —y su expresión urbana— estaría sosteniendo su necesidad estructural de ampliación constante gracias a la reactivación del viejo mecanismo de ‘acumulación por desposesión’ — una acumulación de capital realizada no a través del ciclo productivo convencional, sino directamente por extracción, esquilmación o apropiación forzosa de riquezas comunes, bien presentes en la naturaleza, bien creadas colectivamente y al margen del mercado. En realidad este procedimiento de depredación de los comunes para su mercantilización es inherente al sistema, como muestran las clásicas campañas de eliminación de tierras y derechos comunales en sucesivos contextos y episodios históricos (Sevilla-Buitrago, 2012a). Pero el régimen neoliberal agudiza esta dinámica, trastocando el enfoque relativamente apaciguador de los equilibrios fordistas-keynesianos durante los Treinta Gloriosos. Junto a la creciente preeminencia de lo urbano y sus políticas en el nuevo marco regulatorio, este aspecto interpela directamente a nuestra disciplina — efectivamente, como en episodios pretéritos de ‘cercamiento’ (*enclosure*) y expolio de los comunes, la propia producción del espacio y las políticas de reestructuración urbana y territorial sirven de vehículo clave en estos procesos (Sevilla-Buitrago, 2015a).

El común tiene una base espacial fundamental que implica a las técnicas espaciales en su desmantelamiento. Sus formas más rudimentarias aparecen en torno al aprovechamiento colectivo de recursos naturales, a través de ensamblajes sociomateriales —de la comunidad primitiva al asentamiento rural— que desarrollan instituciones y formas jurídicas para organizar espacialmente el uso de los recursos de forma que sean sostenibles en el tiempo (Ostrom, 1990). La organización comunal del cultivo, el usufructo de bosques, baldíos, reservas hídricas y acuíferos, etc. han constituido históricamente ejercicios de micro-ordenación del territorio a escala local que terminaban generando paisajes y patrones de asentamiento específicos. Como en estas formas “simples” de común, encontramos también producciones particulares de nuevos espacios sociales en las formas más complejas de creación de riqueza colectiva características de los entornos urbanos (Hardt, 2010). Las expresiones culturales que vemos nacer en estos contextos tienen a menudo un origen ajeno o, incluso, antagónico respecto a las leyes de mercado. Se trata de un arco amplio de manifestaciones que van de la cultura cotidiana del barrio popular —tejida históricamente de tácticas colectivas de subsistencia y apoyo mutuo— a las nuevas formas de organización cooperativa del trabajo y el consumo, a las vanguardias artísticas alternativas o los centros sociales autogestionados.

El nexo espacial es aún más obvio en los procesos de destrucción de las formas de organización comunal. He defendido desde hace tiempo la necesidad de revisar la historia de la planificación espacial desde esta perspectiva, leyendo a contrapelo el pasado de nuestras técnicas para mostrar su papel central en los procesos de desposesión que han apuntalado sucesivas formaciones territoriales del capitalismo (Sevilla-Buitrago, 2012b): desde la eliminación de tierras comunales en sociedades preindustriales a las reestructuraciones de centros urbanos y los programas de reforma del XIX, a los nuevos imaginarios de un urbanismo capaz de refigurar integralmente el hábitat cotidiano en el siglo XX. La labor de desposesión ha atravesado todo tipo de declinaciones: del desplazamiento crudo al disciplinamiento travestido de servicio asistencial, o la seducción material y simbólica a través de nuevos mundos urbanos sustentados en el consumo de masas. Es común a todas ellas la movilización de herramientas de diseño y regulación espacial para un ejercicio de erosión y desmantelamiento paulatino de arreglos socioespaciales que generaban formas de riqueza y bienestar colectivo organizados de forma autónoma y al margen del mercado; arreglos, hay que añadir, que otorgaban grados de libertad e independencia relativa respecto a las formas de relación social y uso del espacio dominantes bajo el capitalismo.

En las décadas de 1970 y 1980 esta tendencia se manifiesta a diversas escalas de la práctica urbanística. Entre lo local y lo nacional se forja un nuevo régimen de empresarismo urbano y desmantelamiento de activos públicos que inaugura la cadena de privatizaciones y mercantilizaciones de servicios e infraestructuras vertebradores en la ordenación del territorio fordista. En distintos contextos nacionales y a distintos ritmos la vivienda social, el equipamiento energético, los servicios de comunicaciones, el abastecimiento de agua y depuración de residuos, la seguridad ciudadana, etc., son presa de un proceso que produce el aumento de las desigualdades socioespaciales conforme se abandonan las viejas estrategias keynesianas de reequilibrio territorial (Brenner, 2004; Harvey, 2005). Más recientemente, la esquilma de los recursos naturales y el deterioro del medio han

sido refigurados en la matriz neoliberal, mercantilizando su gestión y protección, por ejemplo, en el nuevo marco de los servicios de los ecosistemas. En la escala infralocal la mayor expresión de los procesos de desposesión y desplazamiento tras la década de 1970 son las dinámicas de gentrificación que comienzan a proliferar en áreas deprimidas de la ciudad consolidada (Smith, 1996). Desde la perspectiva aquí propuesta, estos procesos deben entenderse como actos de apropiación corporativa de valor creado en común, a medida que los operadores inmobiliarios descubren las ventajas diferenciales de una inversión en espacios recualificados espontáneamente por otros agentes sociales y dotados de un atractivo intrínseco y hasta ese momento extra-mercantil en razón de su posición de centralidad, sus valores históricos, su dinamismo sociocultural, etc. Si en la década de los 1980 encontramos generalmente iniciativas privadas apoyadas por la administración pública y articuladas en formas urbanísticas “blandas”, a partir de los 90 dicha estrategia es promovida activamente por instituciones estatales a distintas escalas —de lo local a lo nacional e, incluso, supranacional, como en el caso de la UE— a través de una nueva generación de planes y programas integrales para un mal entendido renacimiento o regeneración urbana. Mezclado con el particular elogio del “emprendimiento” y la “innovación”, esta pauta ha cristalizado en la última década en acciones concertadas de estímulo a la llamada “clase creativa” para la dinamización económica y cultural de barrios degradados, a menudo espacios residenciales de una languideciente clase trabajadora industrial (Peck, 2005).

Junto a la mercantilización de la capacidad de los ciudadanos para reimaginar la ciudad encontramos otros fenómenos que redundan en esta apropiación aparentemente exhaustiva de riquezas colectivas: el patrimonio —desustanciado de su espesor histórico y depurado como reclamo turístico— o la participación —cooptada por la administración pública en un tono celebratorio/festivo en beneficio de operadores inmobiliarios y dinamizadores culturales— avanzan como nuevas fronteras en la articulación de un urbanismo que parece movilizarse íntegramente para ofrecer nuevos nichos de acumulación. Finalmente el espacio público, símbolo central de la diversidad social y el derecho a la ciudad, aparece cercado y asediado desde multitud de flancos, desde la comercialización esporádica a la privatización cruda, pasando por distintos mecanismos de bloqueo y vigilancia de su potencial democrático (Mitchell, 2003). Es aquí, sin embargo, donde encontramos un ejemplo claro de los movimientos que intentan contrarrestar estos procesos de acumulación por desposesión de base espacial. La oleada de movilizaciones sociales desde 2010-1 ha girado de forma doble en torno a la posibilidad de una alternativa que conserve lo común como aglutinador social (Sevilla-Buitrago, 2015b). Por un lado, por supuesto, estas protestas han reivindicado la protección de derechos sociales que, bajo la tormenta de la austeridad, aparecen como plataformas mínimas de bienestar colectivo. Pero por otra parte las ocupaciones del espacio público expresan lo común de un modo que revela de nuevo su inescindible sustrato espacial: en su prefiguración del nuevo orden que aspiran a alcanzar, las tomas del espacio público, acampadas y concentraciones, materializan ya esa alternativa a través de una producción espontánea pero regulada de un espacio autónomo autogestionado. Un urbanismo que pretenda romper su vinculación histórica con el desmantelamiento de los comunes para involucrarse en un posible cambio de régimen debe aprender de estas micro-ordenaciones del espacio y concentrar sus energías en idear técnicas capaces de reforzarlas, popularizarlas y generalizarlas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Brenner, N. (2004) *New State Spaces: Urban Governance and the Rescaling of Statehood*. New York: Oxford University Press.

Brenner, N. & Theodore, N. (2002) "Cities and the geographies of 'actually existing neoliberalism'", *Antipode* 34, pp. 349-379.

Hardt, M. (2010) "The common in communism", en C. Douzinas and S. Žižek (eds.) *The Idea of Communism*, New York: Verso, pp. 131-144.

Harvey, D. (1989) "From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism", *Geografiska Annaler, Series B, Human Geography* 71, pp. 3-17.

Harvey, D. (2005) *A Brief History of Neoliberalism*. New York: Oxford University Press.

Harvey, D. (2006) "Neo-liberalism as creative destruction", *Geografiska Annaler, Series B, Human Geography* 88, pp. 145-158.

Mitchell, D. (2003) *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space*. New York: Guilford Press.

Ostrom, E. (1990) *Governing the commons: the evolution of institutions for collective action*. Cambridge: Cambridge University Press.

Peck, J. (2005) "Struggling with the creative class", *International Journal of Urban and Regional Research* 29, pp. 740-770.

Sevilla-Buitrago, A. (2012a) "Territory and the governmentalisation of social reproduction: parliamentary enclosure and spatial rationalities in the transition from feudalism to capitalism", *Journal of Historical Geography* 38, pp. 209-219.

Sevilla Buitrago, A. (2012b) "Urbanismo y reproducción social. Una introducción a su historia", *Cuadernos de investigación urbanística* 80.

Sevilla-Buitrago, A. (2015a) "Capitalist formations of enclosure: space and the extinction of the commons", *Antipode*, doi: 10.1111/anti.12143.

Sevilla-Buitrago, A. (2015) "Outraged spatialities: the production of public space in the #spanishrevolution", *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies* 14. Online: <http://ojs.unbc.ca/index.php/acme/article/view/1141/909>.

Smith, N. (1996) *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*. London: Routledge.

Tabb, W. (1982) *The Long Default. New York City and the Urban Fiscal Crisis*. New York: Monthly Review.